

Los olvidados

Libros Por Almudena Guzmán.

Si en octubre de 2007 la editorial sevillana El Olivo Azul inició su andadura con *Los siete ahorcados*, de Leonid Andreiev -el autor de la fascinante y terrible *Risa roja*-, ahora vuelve a rescatar para el lector español otra obra de la literatura rusa del primer tercio del siglo XX, *El sol de los muertos*, de Ivan Shmeliov, un escritor prácticamente desconocido en nuestro país. Nacido en Moscú en 1873, Shmeliov acogió con fervor la Revolución de 1917 pero sus viajes a Siberia le hicieron desencantarse de la misma y se pasó a la península de Crimea que estaba en manos del ejército del general «blanco» Wrangel donde su hijo era oficial; en 1920, cuando los bolcheviques triunfan, ofrecen una amnistía a los «blancos» y Shmeliov y su hijo permanecen en Crimea, pero la amnistía es una trampa y el hijo es fusilado sin juicio previo. En 1922 Shmeliov se exilia en París y en 1923 escribe *El sol de los muertos*.

Profunda unidad. A medio camino entre la novela, el diario y el cuento, es el aliento lírico el que dota a *El sol de los muertos* de una profunda unidad. No se trata de una inspiración cualquiera: la de Shmeliov es la escritura de un iluminado que, como un alquimista, convierte en oro poético los estragos físicos y morales de los primeros años de la Revolución de Octubre en la población rural de Crimea. El flujo continuo, intenso y deslumbrante de imágenes, asociaciones y metáforas hace realmente difícil la tarea de destacar algunos ejemplos sobre otros, pero sí que se pueden establecer con facilidad las ideas «tutores» que sustentan la hiedra del estilo extraordinariamente puro y terso de Ivan Shmeliov. En primer lugar, está la idea de la Revolución bolchevique, y sus efectos, como una regresión en la Historia del hombre: «En sus gritos puedo oír los rugidos de la vida animal, de la antigua vida de las cavernas que conocieron estas montañas y que ahora ha regresado» (p. 21).

Comparaciones. Por otro lado, las comparaciones entre el ser humano y la Naturaleza son constantes: «Pensamos... No tenemos en qué pensar.

Las piedras piensan así, durante miles de años yacen en una idea inmóvil. No van a ningún sitio; se desgastan, desaparecen» (p. 104); «por viñas y collados, están pegados, asidos a las grietas y ocultos, los insectos-humanos, viven pero no respiran» (p. 145). Asimismo, Shmeliov se queja amargamente de la postura favorable de Europa hacia la Revolución de Octubre: «¡Gloriosos europeos, concedores entusiastas de tales audacias!» (...) Dad el paso y observar por vosotros mismos: veréis almas vivas nadando en sangre, arrojadas como basura» (pp. 119-120); «Está bien observar un incendio colosal desde las montañas, la tormenta en el océano desde la orilla. ¡Un espectáculo imponente!» (p. 121).

Una desolación absoluta traspasa El sol de los muertos de principio a fin porque el hambre espantosa, el miedo atroz y el aislamiento claustrofóbico que sufren han convertido a los supervivientes de Crimea en fantasmas olvidados vacíos de toda esperanza, como esos caballos abandonados de los que habla Shmeliov, protagonista y narrador a la vez: «Llovía a mares. Y los caballos deambulaban por viñedos y quebradas (...) Todos los días los veía en los cerros, por todas partes. Estaban inmóviles, muertos pero vivos (...) Después empezaron a caer. Desde la colina podía ver como caían» (pp. 56-57). Una obra maestra que, tomando como punto de partida las terribles consecuencias de la Revolución de Octubre, hace aflorar las raíces del dolor humano de todas las épocas.